gigantes como cuatro torres, y el sudor que sudaba del cansancio decía que era sangre de las feridas que había recibido en la batalla, y bebíase luego un gran jarro de agua fría, y quedaba sano y sosegado, diciendo que aquella agua era una preciosísima bebida que le había traído el sabio Esquife, un grande encantador y amigo suyo. Mas yo me tengo la culpa de todo, que no avisé á vuestras mercedes de los disparates de mi señor tío, para que lo remediaran antes de llegar á lo que ha llegado, y quemaran todos estos descomulgados libros (que tiene muchos), que bien merecen ser abrasados como si fuesen de herejes."

Esto digo yo también, dijo el cura, y á fe que no se pasa el día de mañana sin que dellos no se haga auto público y sean condenados al fuego, porque no den ocasión á quien los leyere de hacer lo que mi buen amigo debe de haber hecho.

Todo esto estaban oyendo el labrador y don Quijote, con que acabó de entender el labrador la enfermedad de su vecino, y así comenzó á decir á voces: "Abran vuestras mercedes al señor Baldovinos y al señor marqués de Mantua que viene mal ferido, y al señor moro Abindarráez, que trae cautivo el valeroso Rodrigo de Narváez, alcaide de Anquera."

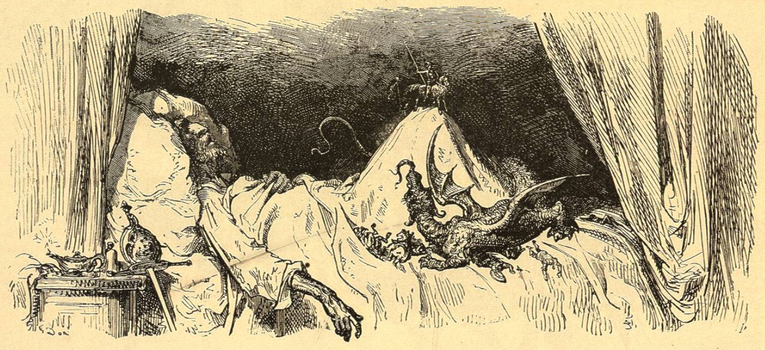
A estas voces salieron todos, y como conocieron los unos á su amigo, las otras á su amo y tío, que aun no se había apeado del jumento porque no podía, corrieron á abrazarle. El dijo: "Ténganse todos, que vengo mal ferido por la culpa de mi caballo: llévenme á mi lecho, y llámese si fuera posible á la sabia Urganda que cure y cate mis feridas."

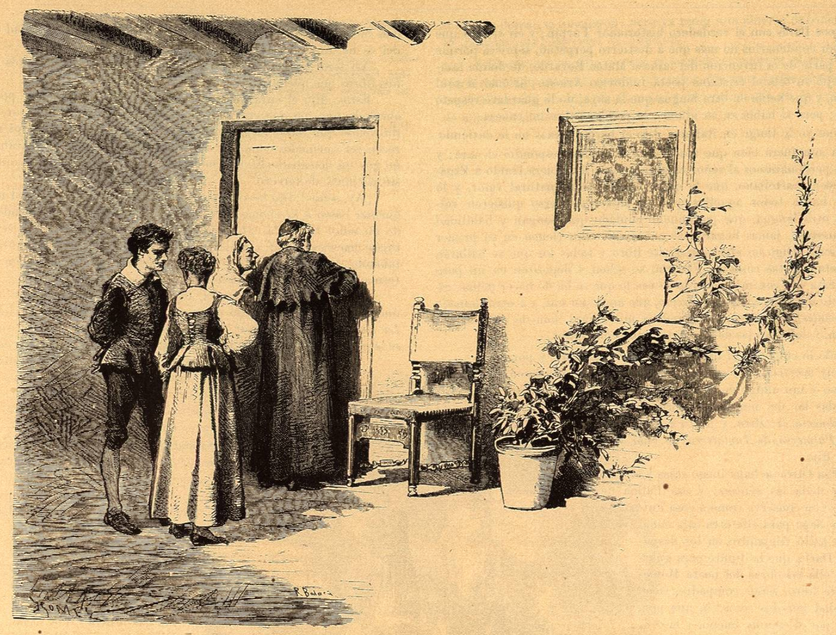
Mira enhoramala, dijo á este punto el ama, si me decía á mí bien mi corazón del pie que cojeaba mi señor. Suba vuestra merced en buen hora, que sin que venga esa Urganda le sabremos aquí curar. Malditos, digo, sean otra vez y otras ciento, estos libros de caballerías que tal han parado á vuestra merced.

Lleváronle luego á la cama y catándole las feridas, no le hallaron ninguna, y él dijo que todo era molimiento por haber dado una gran caída con Rocinante su caballo, combatiéndose con diez jayanes, los más desaforados y atrevidos que se pudieran fallar en gran parte de la tierra.

Ta, ta, dijo el cura: ¿jayanes hay en la danza? Para mi santiguada que yo los queme mañana antes de que llegue la noche.

Hiciéronle á don Quijote mil preguntas, y á ninguna quiso responder otra cosa sino que le diesen de comer y le dejasen dormir, que era lo que más le importaba. Hízose así, y el cura se informó muy á la larga del labrador del modo que había hallado á don Quijote. El se lo contó todo con los disparates que al hallarle y traerle había dicho, que fué poner más deseo en el licenciado de hacer lo que otro día hizo, que fué llamar á su amigo el barbero maese Nicolás, con el cual se vino á casa de don Quijote.





CAPÍTULO SEXTO.

Del donoso y grande escrutinio que el Cura y el Barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo.

EL cual aun todavía dormía. Pidió las llaves á la sobrina, del aposento donde estaban los libros autores del daño, y ella se las dió de muy buena gana. Entraron dentro todos y el ama con ellos, y hallaron más de cien cuerpos de libros grandes muy bien encuadernados y otros pequeños; y así como el ama los vió, volvióse á salir del aposento con gran priesa, y tornó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo, y dijo: "Tome vuestra merced, señor licenciado, rocíe este aposento, no esté aquí algún encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten en pena de la que les queremos dar, echándolos del mundo."

Causó risa al licenciado la simplicidad del ama, y mandó al barbero que le fuese dando de aquellos libros uno á uno para ver de qué trataban, pues podía ser hallar algunos que no mereciesen castigo de fuego.

No, dijo la sobrina, no hay para qué perdonar á ninguno, porque todos han sido los dañadores: mejor será arrojarlos por las ventanas al patio, y hacer un rimero dellos y pegarles fuego, y si no, llevarlos al corral, y allí se hará la hoguera y no ofenderá el humo.

Lo mismo dijo el ama: tal era la gana que las dos tenían de la muerte de aquellos inocentes; mas el cura no vino en ello sin primero leer siquiera los títulos. Y el primero que maese Nicolás le dió en las manos, fué los cuatro de *Amadís de Gaula*; y dijo el cura: "Parece cosa de misterio esta, porque, según he oído decir, este libro fué el primero de caballerías que se imprimió en España, y todos los demás han tomado principio y origen deste, y así me parece que como á dogmatizador de una secta tan mala, le debemos sin excusa alguna condenar al fuego."

No señor, dijo el barbero, que también he oído decir que es el mejor de todos los libros que de este género se han compuesto, y así como á único en su arte se debe perdonar.

Así es verdad, dijo el cura, y por esa razón se le otorga la vida por ahora. Veamos esotro que está junto á él.

Ea, dijo el barbero, *Las Sergas de Esplandian*, hijo legítimo de Amadís de Gaula.

Pues en verdad, dijo el cura, que no le ha de valer al hijo la bondad del padre: tomad, señora ama, abrid esa ventana y echadle al corral, y dé principio al montón de la hoguera que se ha de hacer.

Hízolo así el ama con mucho contento, y el bueno de Esplandián fué volando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que le amenazaba.

Adelante, dijo el cura.

Este que viene, dijo el barbero, es *Amadís de Grecia*, y aun todos los deste lado, á lo que creo son del mismo linaje de Amadís.

Pues vayan todos al corral, dijo el cura, que á trueco de quemar á la reina Pintiquinestra y al pastor Darinel, y á sus églogas y á las endiabladas y revueltas razones de su autor, quemara con ellos al padre que me engendró, si anduviera en figura de caballero andante.

Dese parecer soy yo, dijo el barbero; y aun yo, añadió la sobrina.

Pues así es, dijo el ama, vengan y al corral con ellos.

Diéronselos, que eran muchos, y ella ahorró la escalera, y dió con ellos por la ventana abajo.

¿Quién es ese tonel? dijo el cura.

Este es, respondió el barbero, *Don Olivante de Laura*.

El autor dese libro, dijo el cura, fué el mismo que compuso á *Jardín de Flores*, y en verdad que no sepa determinar cuál de los dos libros es más verdadero, ó por decir mejor, menos mentiroso: sólo sé decir, que éste irá al corral por disparatado y arrogante.

Este que sigue es *Florismarte de Hircania*; dijo el barbero.

¿Ahí está el señor Florismarte? replicó el cura; pues á fe que ha de parar presto en el corral, á pesar de su extraño nacimento y soñadas aventuras, que no da lugar á otra cosa la dureza y sequedad de su estilo; al corral con él y con esotro, señora ama.

Que me place, señor mío, respondió ella, y con mucha alegría ejecutaba lo que le era mandado.

Este es *El caballero Platir*, dijo el barbero.

Antiguo libro es ese, dijo el cura, y no hallo en él cosa que merezca venia: acompañe á los demás sin réplica, y así fué hecho.

Abrióse otro libro, y vieron que tenía por título *El caballero de la Cruz*.

Por nombre tan santo como este libro tiene, se podía perdonar su ignorancia; mas también se suele decir: tras la cruz está el diablo: vaya al fuego.

Tomando el barbero otro libro, dijo: Este es *Espejo de caballerías*.

Ya conozco á su merced, dijo el cura: ahí anda el señor Reinaldos de Montalbán con sus amigos y compañeros, más ladrones que Caco,

y los doce Pares con el verdadero historiador Turpín; y en verdad que estoy por condenarlos no más que á destierro perpetuo, siquiera porque tienen parte de la invención del famoso Mateo Boyardo, de donde también tejió su tela el cristiano poeta Ludovico Ariosto; al cual si aquí le hallo, y que habla en otra lengua que la suya, no le guardaré respeto alguno; pero si habla en su idioma, le pondré sobre mi cabeza.

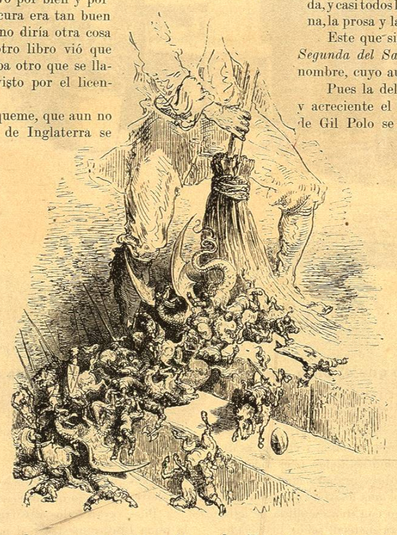
Pues yo le tengo en italiano, dijo el barbero, mas no le entiendo.

Ni aun fuera bien que vos le entendiérades, respondió el cura; y aquí le perdonáramos al señor capitán que no le hubiera traído á España y hecho castellano, que le quitó mucho de su natural valor, y lo mismo harán todos aquellos que los libros de verso quisieren volver en otra lengua, que por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamás llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento. Digo en efecto que este libro y todos los que se hallaren que tratan destas cosas de Francia, se echen y depositen en un pozo seco, hasta que con más acuerdo se vea lo que se ha de hacer dellos, escetuando á un *Bernardo del Carpio*, que anda por ahí, y á otro llamado *Roncesvalles*, que estos en llegando á mis manos, han de estar en las del ama, y dellas en las del fuego sin remisión alguna.

Todo lo confirmó el barbero, y lo tuvo por bien y por cosa muy acertada, por entender que el cura era tan buen cristiano y tan amigo de la verdad, que no diría otra cosa por todas las del mundo. Y abriendo otro libro vió que era *Palmerin de Oliva*, y junto á él estaba otro que se llamaba *Palmerin de Inglaterra*, lo cual visto por el licenciado, dijo:

"Esa Oliva se haga luego rajas y se queme, que aun no queden della las cenizas; y esa Palma de Inglaterra se guarde y se conserve como á cosa única, y se haga para ella otra caja como la que halló Alejandro en los despojos de Darío, que la diputó para guardar en ella las obras del poeta Homero. Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas: la una porque él por sí es muy bueno, y la otra porque es fama que le compuso un discreto rey de Portugal. Todas las aventuras del castillo de Miraguarda son bonísimas y de gran artificio, las razones cortesanas y claras, que guardan y miran el decoro del que habla con mucha propiedad y entendidimiento. Digo pues, salvo vuestro buen parecer, señor maese Nicolás, que éste y *Amadís de Gaula* queden libres del fuego, y todos los demás, sin hacer más cala y cata, perezcan.

No, señor compadre, replicó el barbero, que este que aquí tengo es el afamado *Don Belianís*.



Pues ese, replicó el cura, con la segunda, tercera y cuarta parte tienen necesidad de un poco de ruibarbo para purgar la demasiada cólera suya y es menester quitarles todo aquello del castillo de la Fama, y otras impertinencias de más importancia, para lo cual se les da término ultramarino, y como se enmendaren, así se usará con ellos de misericordia ó de justicia, y en tanto, tenedlos vos, compadre, en vuestra casa, mas no los dejéis leer á ninguno.

Que me place, respondió el barbero, y sin querer cansarse más en leer libros de caballerías, mandó al ama que tomase todos los grandes y diese con ellos en el corral.

No se dijo á tonta ni á sorda, sino á quien tenía más gana de quemarlos que de echar una tela por grande y delgada que fuera, y asiendo casi ocho de una vez los arrojó por la ventana.

Por tomar muchos juntos se le cayó uno á los pies del barbero, que le tomó gana de ver de quién era, y vió que decía: *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco.*

Válame Dios, dijo el cura dando una gran voz, ¡que aquí esté Tirante el Blanco! Dádmele acá, compadre, que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento y una mina de pasatiempos. Aquí está Don Quirieleison de Montalbán, valeroso caballero, y su hermano Tomás de Montalbán y el caballero Fonseca, con la batalla que el valiente de Tirante hizo con el alano, y las agudezas de la doncella Placerdemivida, con los amores y embustes de la viuda Reposada, y la señora emperatriz enamorada de Hipólito su escudero. Digoos verdad, señor compadre, que por su estilo es este el mejor libro del mundo: aquí comen los caballeros y duermen y mueren en sus camas y hacen testamento antes de su muerte, con otras cosas de que todos los demás libros de este género carecen.

Con todo os digo, que merecía el que lo compuso, pues no hizo tantas necedades de industria, que le echaran á galeras por todos los días de su vida. Llevalde á casa y leelde, y veréis que es verdad cuanto dél os he dicho.

Así será, respondió el barbero; pero ¿qué haremos destos pequeños libros que quedan?

Estos, dijo el cura, no deben ser de caballería, sino de poesía; y abriendo uno vió que era *La Diana* de Jorge de Montemayor, y dijo (creyendo que todos los demás eran del mismo género): Estos no merecen ser quemados como los demás, porque no hacen ni harán el daño que los de caballerías han hecho: que son libros de entretenimiento sin perjuicio de tercero.

¡Ay, señor! dijo la sobrina, bien los puede vuestra merced mandar quemar como á los demás, porque no sería mucho que habiendo sanado mi señor tío de la enfermedad caballeresca, leyendo éstos se le antojase hacerse pastor y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, y lo que sería peor, hacerse poeta, que según dicen es enfermedad incurable y pegadiza.

Verdad dice esta doncella, dijo el cura, y será bien quitarle á nuestro amigo este tropiezo y ocasión delante. Y pues comenzamos por *La Diana* de Montemayor, soy de parecer que no se queme, sino que se le quite todo aquello que trata de la sabia Felicia y de la agua encantada, y casi todos los versos mayores, y quédesele enhorabuena, la prosa y la honra de ser primero en semejantes libros.

Este que sigue, dijo el barbero, es *La Diana*, llamada *Segunda del Salmantino*; y estotro, que tiene el mismo nombre, cuyo autor es *Gil Polo*.

Pues la del Salmantino, respondió el cura, acompañe y acreciente el número de los condenados al corral, y la de Gil Polo se guarde como si fuera del mismo Apolo; y pase adelante, señor compadre, y démonos prisa que se va haciendo tarde.

Este libro es, dijo el barbero abriendo otro: *Los diez libros de Fortuna de amor*, compuestos por Antonio de Lofraso, poeta sardo.

Por las órdenes que recebí, dijo el cura, que desde que Apolo fué Apolo, y las musas musas, y los poetas poetas, tan gracioso ni tan disparatado libro como ese no se ha compuesto, y que por su camino es el mejor y el más único de cuantos deste género han salido á la luz del mundo; y el que no le ha leído, puede hacer cuenta que no ha leído jamás cosa de gusto. Dádmele acá, compadre, que precio más haberle hallado, que si me dieran una sotana de raja de Florencia.

Púsole aparte con grandísimo gusto, y el barbero prosiguió diciendo: Estos que se siguen son *El pastor de Iberia, Ninfas de Henares* y *Desengaño de celos*.

Pues no hay más que hacer, dijo el cura, sino entregarlos al brazo seglar del ama, y no se me pregunte el por qué, que sería nunca acabar.

Este que viene es *El pastor de Filida*.

No es ese pastor, dijo el cura, sino muy discreto cortesano, guárdese como joya preciosa.

Este grande que aquí viene se intitula, dijo el barbero: *Tesoro de varias poesías*.

Como ellas no fueran tantas, dijo el cura, fueran más estimadas: menester es que este libro se escarde y limpie de algunas bajezas que entre sus grandezas tiene: guárdese, porque su autor es amigo mío, y por respeto de otras más heroicas y levantadas obras que ha escrito."

—Este es, siguió el barbero, *El Cancionero* de López Maldonado.

—También el autor dese libro, replicó el cura, es grande amigo mío, y sus versos en su boca admiran á quien los oye, y tal es la suavidad de la voz con que los canta, que encanta: algo largo es en las églogas, pero nunca lo bueno fué mucho; guárdese con los escogidos ¿Pero qué libro es ese que está junto á él?

La Galatea de Miguel de Cervantes, dijo el barbero.

—Muchos años há que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invención, propone algo, y no concluye nada: es menester esperar la segunda parte que promete: quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega, y entretanto que esto se ve, tenedle recluso en vuestra posada, señor compadre.

—Qué me place, respondió el barbero, y aquí vienen tres, todos juntos: *La Araucana*, de Don Alonso de Arcilla; *La Austriada*, de Juan

Rufo, Jurado de Córdoba, y *El Monserrate*, de Cristóbal de Virués, poeta valenciano.

—Todos estos tres libros, dijo el cura, son los mejores que en verso heroico en lengua castellana están escritos, y pueden competir con los más famosos de Italia; guárdense como las más ricas prendas de poesía que tiene España.

Cansóse el cura de ver más libros, y así á carga cerrada quiso que todos los demás se quemasen: pero ya tenía uno abierto el barbero, que se llamaba *Las Lagrimas de Angelica*.

—Lloráralas yo, dijo el cura en oyendo el nombre, si tal libro hubiera mandado quemar, porque su autor fué uno de los famosos poetas del mundo, no sólo de España, y fué felicísimo en la traducción de algunas fábulas de Ovidio.